

Aporte del calendario cristiano a nuestros pueblos

Contribution of the Christian calendar to our peoples

Luis Palomera, SJ

Resumen

El calendario cristiano es considerado en términos del sentido y esperanza que aporta al presente al traer a la memoria el pasado y apuntar a un futuro trascendente. Se señalan algunas necesarias renovaciones en la pastoral litúrgica para que este sentido sea más pleno a pesar de las distracciones y angustias de nuestro mundo.

Abstract

The Christian calendar is considered in terms of the meaning and hope it brings to the present by recalling the past and pointing to a transcendent future. Some necessary renovations in liturgical pastoral care are pointed out so that this meaning is fuller despite the distractions and anxieties of our world.

Palabras clave

Calendario cristiano – cultura – fe – pastoral litúrgica

Key words

Christian calendar – culture – faith – liturgical pastoral care

Aporte del calendario cristiano a nuestros pueblos

Luis Palomera, SJ

Catedrático emérito de la Facultad de Teología “San Pablo”,

Cochabamba

llpalomera@gmail.com

Introducción

Para los pueblos impregnados por la cultura cristiana es una obviedad vivir año tras año según el calendario occidental tomado de la cultura judeo-cristiana. A nadie sorprende que cada año se celebre en el mes de marzo o abril la Semana Santa o que el 25 de diciembre se celebre la Navidad. Tampoco que cada semana comience por el domingo como un día especial dentro de la semana; y que además, se respete la división de las semanas en siete días.

El año cristiano es en realidad la concreción del año litúrgico de la Iglesia insertado en el esquema anual del calendario civil general, que tiene sus orígenes en el calendario romano remodelado por Julio César (en el 70 a.C.) y reelaborado y corregido por el Papa Gregorio XIII (en 1582). Y aunque además de este calendario hay otros cuatro tipos de calendarios, *administrativamente* el Calendario gregoriano es el calendario vigente en todo el mundo¹.

Pero el calendario civil solo toma del calendario juliano-gregoriano la estructura formal y no el contenido cristiano y religioso en el que se plasmó el año cristiano en los primeros

¹ Hay en la actualidad 5 tipos de calendarios en uso en el mundo: el calendario chino, el islámico, el hindú, el hebreo y el gregoriano. Todos ellos hacen referencia de una manera u otra a lo religioso: cada uno tiene sus festividades religiosas y sus propias estaciones y fiestas de año nuevo. Pero en lo administrativo, el calendario occidental es el que rige en todos los países. Cf. <http://www.vix.com/es/btg/curiosidades/7770/5-tipos-de-calendarios-que-se-utilizan-en-diferentes-parte-del-mundo> (fecha de consulta 15.02.2017).

siglos. Hablar del calendario o año cristiano es en realidad hablar del año litúrgico: si prefiero usar el primer término y no el segundo, es porque en la mentalidad de algunos, decir litúrgico parecería algo propio de ciertos grupos más cultivadores de la liturgia, cuando el año cristiano es o debería ser vivido por todo creyente.

Aporte del año cristiano a la cultura y a la fe cristiana

La influencia del año cristiano en la vida y en la fe de los cristianos era algo evidente en épocas pasadas. Hoy, frente a los cambios culturales y religiosos de la sociedad, no es tan evidente; en cualquier caso es preciso distinguir entre creyentes practicantes, estacionales, sincretistas y no practicantes.

No creo que sea aventurado decir que en la actualidad el vacío existencial de muchos ciudadanos en países de cultura tradicionalmente cristiana y en otros países evangelizados posteriormente está relacionado en parte con el abandono y olvido del año cristiano. Y viceversa: la vivencia del año cristiano en la vida personal y comunitaria contribuye a mantener viva la fe a nivel personal y comunitario en forma decisiva. En esto, como dicen y repiten los antropólogos y psicólogos, se cumple el axioma que dice que *el hombre hace el rito, pero el rito hace al hombre*. Sin ritos el hombre se pierde en su laberinto. Esto es algo que podemos percibir a través del tiempo en las comunidades de fe y experimentar y comprobar a diario en muchas personas y grupos sociales.

En los apartados siguientes trataré de explicitar que la vivencia del año cristiano por parte de la comunidad cristiana aporta una donación de sentido a la cultura y a la persona y que el debilitamiento o desaparición de dicha vivencia conduce a una pérdida de sentido en la vida comunitaria y personal.

Si por un vacío cultural (hipótesis casi imposible) una sociedad y las personas que la componen vivieran sin noción del tiempo, de los años, de los cambios de las estaciones, sin fiestas y sin referencias históricas, y se limitaran a algo ineludible como es la sucesión del día y de la noche, la comunidad y sus componentes serían engullidos y tenderían a desaparecer en cuanto a su identidad cultural. O bien deberían *calendarizar* y *ritualizar* este mínimo del día y de la noche y algo también ineludible como es el nacer y el morir...

a) El año cristiano y el tiempo

Todos hablamos del tiempo, aunque como ya advertía Agustín de Tagaste nos sea difícil decir qué es el tiempo². Aquí nos importa saber la importancia o no importancia que cada persona y cada cultura da a esto que llamamos *tiempo* (pasado, presente y futuro), que está a la base de todo calendario y que influye tan profundamente en el modo de afrontar la vida.

Hay dos concepciones radicalmente distintas en cuanto al significado que tiene el tiempo en los pueblos: la de los pueblos bíblicos y la de los pueblos no bíblicos. En los pueblos no bíblicos el tiempo es cíclico, repetitivo y hace referencia a un mito primordial o arquetípico. En los pueblos bíblicos, especialmente en el cristianismo, el tiempo es lineal o, si se prefiere, circular, pero en espiral subiendo y con referencia a una historia³. El tiempo de los calendarios no bíblicos se podría sintetizar con aquella frase con que Mircea Eliade titulaba uno de sus

² Con Agustín podríamos decir: "Si nadie me lo pregunta, sé qué es el tiempo; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé" (AGUSTÍN, *Confesiones*, libro XII).

³ Dentro de una gran variedad de matices de lo que es el tiempo en la antropología cristiana, hay unanimidad sobre este punto entre estudiosos del tiempo cristiano. Ver, entre otros, el estudio de F. FESTORAZZI, "Riflessione sapienziale (Antropologia ed escatología)", en *Dizionario Teologico Interdisciplinare*, vol. III, Casale Monferrato 1977, 88-102.

estudios principales: *El mito del eterno retorno*⁴. *El tiempo de los calendarios de los pueblos bíblicos se podría sintetizar de alguna manera como el tenso caminar de un alfa a una omega.*

En el año cristiano la referencia histórica y temporal es tan esencial e integradora que sin ella quedaría anulado el calendario litúrgico. El año cristiano no se queda en el pasado sino que tiende al futuro. Por su referencia al ciclo anual se podría aceptar que es circular, pero progresando hacia una meta que trasciende la historia... Y con esto da sentido al presente histórico y a la vida de cada persona.

La mentalidad actual en el mundo occidental está poniendo en cuestión esta visión. Síntomas los hay y muchos: la concentración en lo momentáneo y la despreocupación o falta de previsión del futuro; el no saber ni querer saber a dónde vamos; la consecuente falta de valores; la temida acidia que en un tiempo caracterizaba la repetición y monotonía del monje perdido en su soledad y que ahora es compatible con el bullicio y ruido ensordecedor de un salón de *fitness*. Quizá se podría sintetizar con el incontrolable *zapping* en el telecomando ante infinidad de canales que no satisfacen o con la obsesión de novedades en el *whatsapp* de quienes no logran conciliar el sueño.

Una cultura que está perdiendo el sentido y valor del ayer, del hoy y del futuro y que no sabe a dónde va es una cultura que tiende a desaparecer. Como se lee en la pertinente advertencia del actual Museo de Auschwitz –museo que algunos quisieran borrar del mapa y de su memoria– *un pueblo que no recuerda es un pueblo que no tiene futuro*. El año cristiano, con sus claras referencias al pasado, presente y futuro, nos orienta año tras año

⁴ M. ELIADE, *Le mythe de l'éternel retour*, Paris 1951. Trad. al castellano: *El mito del eterno retorno*, Buenos Aires 1968.

en la importancia y densidad del tiempo: desde el simbolismo del sol naciente en la aurora al evocador ocazo lleno de misterio de la puesta del sol, momento en el que la liturgia alumbría las sombras de la noche con el lucernario; desde el inicio del año litúrgico con el adviento del Señor hasta el final del mismo que nos recuerda que el Señor vendrá.

b) El año cristiano y la muerte

El tiempo que pasa nos muestra la precariedad de la vida. Como decía Gabriel García Márquez, lo único que llega con seguridad es la muerte. Ante el hecho irrefutable de la muerte, caben diversas actitudes que influyen decisivamente en nuestra vida. Esencialmente son: el final sin más o la nada; la repetición de un nuevo ciclo terrestre; la fe en una sobrevivencia supratemporal. La primera actitud es nihilista e irreligiosa. La segunda es propia de las religiones cílicas. La tercera se da especialmente en los pueblos bíblicos, con notables diferencias interpretativas entre el judaísmo y el cristianismo. En América Latina, especialmente en nuestras culturas ancestrales y por influencia del sincretismo religioso del tiempo colonial, se entremezclan la cosmovisión segunda y tercera⁵.

En nuestro medio boliviano, especialmente en la zona andina, la muerte y los muertos tienen una gran importancia, especialmente en ambientes populares y campesinos. El respeto a los muertos y la convicción de que “se han ido”, pero volverán,

⁵ M. ELIADE en décadas pasadas publicó, con la colaboración de diversos especialistas, un voluminoso tratado al respecto: *Historia de las creencias y de las ideas religiosas: desde la época de los descubrimientos hasta nuestros días*, Barcelona 1996. Ver en el capítulo XLVII, M^a S. CIPOLLETTI, “Chamanismo y viaje al reino de los muertos: concepciones religiosas de los indios sudamericanos no andinos”, 354-359. Para una cosmovisión más cercana al mundo andino ver E. JORDÁ, *Teología desde el Titicaca: cosmovisión aymara en diálogo con la fe*, La Paz 2003, 51-71 en especial.

es algo muy común. Para muchos el difunto sigue viviendo⁶. La amalgama entre la cosmovisión religiosa andina y la religiosidad cristiana es notable en este punto. Un ejemplo: el día 2 de noviembre, que en el Calendario litúrgico es la Conmemoración de los fieles difuntos, en Bolivia es día festivo (no así el día 1º) y se lo denomina fiesta de “Todos los Santos” (entiéndase “día de los difuntos”). La creencia popular es que la víspera, al mediodía, las almas de los difuntos regresan y se les prepara en las casas y en el cementerio el *mast’aku*⁷, mesa adornada y llena de exquisitos manjares⁸.

Este sincretismo convive *bona fide* con una fe sincera y no hay por qué rasgarse las vestiduras, cuando sabemos que en los primeros siglos del cristianismo se daba algo parecido en los países recién cristianizados. Otro fenómeno diametralmente opuesto que comenzó hace décadas en países nórdicos, que se manifiesta de variadas formas y que se va abriendo paso en estos años en nuestras ciudades, es cierto silencio en torno a la muerte y que podría sintetizarse así: de la muerte no se habla; se la esconde⁹. Más preocupantes quizá podrían ser ciertas manifestaciones últimas relacionadas con la muerte y con el final de la vida y que, aunque más propias de otros continentes, nos están invadiendo por aquello de que el mundo se está convirtiendo en una *aldea global*. Señalo entre otros: la versión

⁶ Un detalle que parecerá banal, pero que quizá no lo es... Al pedir orar por un difunto, los fieles no suelen decir “en el aniversario de su nacimiento”, sino “en su cumpleaños”.

⁷ Puede interesar a quienes no conocen el mundo aymara el artículo “Todos Santos en Bolivia”, que contiene además ilustraciones gráficas, en <http://todossantosenbolivia.blogspot.com> (fecha de consulta 15.02.2017).

⁸ Posiblemente los evangelizadores primeros respetaron o tal vez inculturaron este convite funerario del que se encuentran vestigios o paralelos en varios lugares de sus países de origen.

⁹ Ver, por ejemplo, P. ARIÈS, “La mort inversée: le changement des attitudes devant la mort dans les sociétés occidentales” en *La Maison-Dieu*, 101 (1970) 57-89. Resumen en castellano en *Selecciones de Teología*, “La muerte al revés”, 41 (1972) 19-28.

moderna y adulterada de la fiesta cristiana del *Halloween*¹⁰ (que desacraliza y banaliza la muerte), la veneración morbosa de difuntos muertos en circunstancias extrañas y con antecedentes nada imitables, el *bullying* o acoso escolar, y recientemente juegos macabros autodestructivos que seducen a personas depresivas o con baja estima de sí mismas. Y junto con todo esto, un aumento en progreso de la tendencia al suicidio o a justificar la eutanasia.

Frente a todo esto, la catequesis y el calendario cristiano y la liturgia tienen o deberían tener algo que decir y aportar. No se trata de multiplicar en el calendario referencias a la muerte (las hay y quizás en exceso). Se trata de usar los elementos existentes de forma más cualificada, es decir, más pastoral. No es cosa de un día. Es cosa de años. Algunos ejemplos: es costumbre entre nuestros fieles pedir misas en favor de sus difuntos en forma habitual y constante, a veces obsesiva. Convendría detenerse con ellos a examinar lo que hay detrás de estas peticiones (miedo, angustia, temor al difunto, sensación de soledad, imagen de un dios inmisericorde, contabilización de los méritos y de las oraciones...). La misma ambigüedad que se da en torno a la fiesta del 1º y 2º de noviembre por parte de muchos fieles precisaría mayor reflexión por parte de nuestras iglesias, cambios en la liturgia y una orientación común en el trabajo pastoral. La catequesis debería, por su parte, profundizar el significado profundo y esperanzador de la “comunión de los santos”.

Todo el calendario cristiano anual nos pone en relación con la vida y la muerte. No solo en los sufragios de los difuntos y en

¹⁰ *Halloween* es una palabra que aparece por primera vez en el s. XVI y que deriva de la fusión de dos vocablos: *All-Hallows* (Todos los Santos) y *evening* (atardecer), celebración de la fiesta cristiana del 1 de Noviembre *All-Hallows' Day*, que comenzaba la víspera, y que se conocía y celebraba ya en el s. VIII.

el mes de noviembre. La liturgia nos lo recuerda en la Oración de las Horas, en la eucaristía, en las exequias, en el viático y recomendación de los agonizantes, en los velorios. Saber en cada caso decir la palabra oportuna, reinterpretar el texto escrito, cantar el canto pertinente o hacer el gesto adecuado es función de la pastoral y supone una preparación que requiere oración, reflexión y tiempo. Solo una pastoral litúrgica por parte de todos los pastores y formadores que escape a lo que siempre se ha hecho y a esquemas superados, llegará al corazón e ilustrará a los fieles¹¹.

c) El año cristiano y la fiesta

Para poder celebrar una fiesta ha de haber (i) contraste y ruptura con los días laborables y (ii) un motivo de la celebración. El simple descanso no basta (en la noche descansamos, pero no hacemos fiesta). El motivo de la celebración se refiere siempre a la vida y a un hecho (pasado, actual o futuro) que invita al recuerdo, al agradecimiento y a la esperanza. Me centraré en la fiesta dominical.

El calendario judío y el calendario cristiano son modélicos con respecto a los dos requisitos que justifican una celebración (ruptura de lo ferial y motivo fundante). Así Israel celebraba el sábado rompiendo la ordinariedad laboral y participando en la asamblea sinagoga. Y lo que es más importante: lo hacía con unas bases bíblicas que remitían a la creación del mundo y al

¹¹ La multiplicación descontrolada de misas por los difuntos por un lado y por otro lado el reduccionismo litúrgico que supone la disminución u omisión en estas últimas décadas de la celebración del oficio de difuntos, de la asistencia a los moribundos, así como la frecuente ausencia de la comunidad eclesial en las exequias no facilita el trabajo pastoral. Singularmente esto se produce cuando la *Constitución sobre Sagrada Liturgia* propició una renovación de todos estos puntos y de los textos correspondientes.

mandato del Creador. Más aún: lo relacionaba con la historia de la salvación (cf. Dt 5,15)¹².

Las comunidades cristianas por su parte se reunían para celebrar la resurrección del Señor “el primer día de la semana” (Mt 28,1). Ya en textos primitivos se denominará este día de la semana “Día del Señor” (Ap 1,10), es decir, día del *Kyrios* resucitado. El evangelista Juan insinúa en su evangelio, antes de su conclusión, que la comunidad apostólica se reunía en oración ya desde el día de la resurrección, el primer día de la semana, para celebrar la presencia de Cristo (cf. Jn 20,19-29).

Ignacio de Antioquía dirá poco después que los cristianos celebramos no ya el sábado, sino el domingo. Los cristianos no somos ya los del sábado, sino los del domingo¹³. Y la Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Vaticano II revaloriza el domingo (y con ello la base estructural del año litúrgico) diciendo que “la Iglesia, por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual de Cristo, en el día que es llamado con razón «día del Señor»” (SC 106). En ese día los fieles deben reunirse para escuchar la Palabra y participar en la celebración de la Eucaristía. Y añade: “Por esto, el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo” (SC 106).

Estos elementos de la fiesta dominical que aparecen en el calendario cristiano (es decir, el motivo fundante y la ruptura con lo ordinario) para muchos cristianos todavía tienen un valor indudable, pero para otros van perdiendo fuerza y hay

¹² Para un resumen sobre el tema ver la voz “Sabbat”, en J. DHEILLY, *Dictionnaire biblique*, Tournai 1964, 1057-1059.

¹³ Cf. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Magn.* 9,1. Dice así: “Los que vivían según el orden de cosas antiguo han pasado a la nueva esperanza, no observando ya el sábado, sino el día del Señor, en el que nuestra vida es bendecida por El y por su muerte”.

que revitalizarlos. Concretamente, en nuestro medio, muchos bautizados no relacionan el domingo con el día del Señor, y la ruptura con lo laboral tiende a difuminarse en ambientes comerciales, especialmente en los mercados populares y en los supermercados, por la dificultad de la compra semanal por parte de unos y por el afán de lucro por parte de otros. Además, el precepto dominical, centrado en la obligatoriedad más que en la importancia del día del Señor, no ayuda a valorar el domingo¹⁴.

Tampoco podemos olvidar que, aunque el pueblo necesita la periodicidad del domingo para romper la servidumbre del trabajo laboral, sin un motivo profundo – el día del Señor Resucitado – el domingo pierde relieve. Para escapar a lo repetitivo y periódico de lo semanal, la gente aprecia más la ruptura de la monotonía laboral con momentos puntuales: eventos deportivos, días especiales (por ejemplo, día de la madre), festejos del Carnaval, ferias empresariales, semana del libro, de la danza, y otros. Quizá por ello también tienen más éxito las fiestas patronales que salpican el calendario sin un orden preciso.

Se ha dicho, y con razón, que nuestra gente no trabaja para vivir, sino para celebrar... Hay que rescatar este sentido festivo que tiene nuestro pueblo y evitar la devaluación del día festivo. Para escapar a la degradación de la fiesta y en concreto de la fiesta dominical, las iglesias han de motivar el día del Señor, la reunión dominical de la comunidad, preparar con todo cuidado las celebraciones con su homilía y no olvidar en la catequesis de jóvenes, de niños y niñas, la celebración, lo festivo y lo familiar. Sin el descanso semanal y, sobre todo, sin la referencia a Cristo Resucitado en la asamblea litúrgica dominical, el pueblo

¹⁴ La misa dominical vespertina del sábado por la noche quizá podría ser de gran utilidad para quienes tienen dificultad de participar el día domingo. Sería importante, especialmente en las ciudades, un plan coordinado de dichas misas entre las diversas parroquias. Por lo demás, litúrgicamente hablando, el domingo comienza el sábado al ponerse el sol.

pierde el valor que el domingo ha tenido en la sociedad y en la comunidad cristiana.

d) El año cristiano y el más allá

Si hay algo que rompe la fatalidad repetitiva del ciclo anual, la inmanencia histórica y la fuga a lo mitológico, es el año cristiano o, mejor, el año litúrgico tal como es presentado y vivido por los cristianos. En el judaísmo el ciclo anual centrado en la Pascua judía no deja de ser un ciclo más centrado en el pasado celebrado en el presente que volcado al futuro. El mesianismo judío, por esperanzador que sea, no deja de ser una promesa todavía no realizada. En el cristianismo el ciclo anual centrado en la Pascua de Cristo realizada de una vez para siempre (*ephápax, hápax*; cf. Heb 7,27 y 1 Pe 3,18) no es solo una promesa, sino una realidad en Cristo Resucitado, aun cuando para nosotros siga siendo el “ya, pero todavía no”.

No es de extrañar que en la mentalidad judía el más allá, al menos en el contexto postbíblico, sea incierto y fluctuante, mientras que en la fe cristiana el más allá rompe el muro de la historia: la Jerusalén terrenal queda superada por la Jerusalén celestial; la tierra prometida, sin perder su encanto, se abre a los cielos nuevos y a la tierra nueva (Ap 21,1)¹⁵. El Credo que la asamblea de los fieles profesa cada domingo traduce esta fe en los cielos nuevos y en la tierra nueva con dos expresiones sintéticas: “*resucitó de entre los muertos*” y “*creo en la vida eterna*” (una referida a Cristo como fundamento y la otra referida a los fieles). El año litúrgico las profesa y recuerda cada domingo, en especial durante el tiempo pascual.

¹⁵ Sobre esta problemática ver, por ejemplo, R. FABRIS, “Il Messianismo ebraico”, en *Humanitas* 37 (1982) 725-736. Extracto del artículo en castellano: “El mesianismo judío” en *Selecciones de Teología*, 90 (1984) 132-134.

Esta fe en el más allá no es un escapismo o un desentenderse del aquí y del hoy, sino vivir sabiendo que ya ahora y en nuestro medio social debemos preparar los cielos nuevos y la tierra nueva. Ni es preciso creer en una aniquilación del mundo y de la historia, como si hubieran carecido de sentido. El mismo vidente de Patmos presenta los cielos nuevos y la tierra nueva como inmersión de lo celestial en lo terrenal. Nada extraño, porque el Espíritu lo transforma todo. Lo espiritual no es la aniquilación sino la divinización del humano:

Y [yo Juan] vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: "He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios" (Ap 21,2-3).

Visión grandiosa que abre la historia de la humanidad al punto Omega.

Frente a esta visión cristiana se opone la visión marxista de la historia cerrada al más allá. Hoy prevalece en muchos más bien una visión interrogativa (“¿cómo será?”) o suspensiva (el agnosticismo), que puede traducir a veces una postura cómoda, pero otras veces un interrogante o una búsqueda existencial. También entre personas que se consideran cristianas hay quienes creen en la resurrección de Cristo, pero tienen dificultad para aceptar que esto último comporta en la lógica de la fe cristiana nuestra resurrección en Cristo.

Debemos reconocer que en la predicación de la Iglesia ha habido un descenso en la predicación de la esperanza cristiana

en el más allá¹⁶, quizá como reacción pendular al hecho de que en décadas pasadas en la predicación se hablaba mucho del cielo y poco de la tierra. Las críticas de Marx, Feuerbach y Engels nos sacudieron con razón y los teólogos de la liberación, desde otra perspectiva, también nos lo han recordado. Pero no podemos olvidar que la esperanza cristiana, tan necesaria hoy en un mundo convulsionado, ha de ser la flecha que orienta nuestra fe. La pequeña gran Teresa del Niño Jesús, que en el silencio de su vida conventual estaba muy cercana a las miserias de su entorno social, nos podría recordar que nuestros silencios sobre la realidad del cielo no se justifican.

El calendario cristiano anual nos abre al más allá de principio a final: del Adviento y Navidad a la celebración de la Semana Santa y Pascua; de la celebración domingo a domingo del “octavo día”, el primer día de la nueva creación, a las fiestas patronales de María, de los mártires y de los santos y santas, cuyo “nacimiento al cielo” celebramos. Todo esto, unido a una catequesis más centrada en la persona de Cristo Resucitado, debería ayudar a todos a renovar la fe en el más allá y a poder decir con los primeros cristianos: “Ven, Señor Jesús”.

Conclusión

He intentado esbozar algo que es obvio en la espiritualidad de la Iglesia: la importancia de la vivencia del año cristiano y de las celebraciones litúrgicas para dar sentido a nuestra vida personal, familiar y laboral en medio del quehacer diario y en medio de tantas cosas que nos distraen, que nos desorientan,

¹⁶ A la pregunta de un periodista al Papa Benedicto XVI sobre el porqué del silencio tan llamativo en el anuncio de temas escatológicos, el Papa responde: “Esa es una cuestión muy seria. Nuestra predicación, nuestro anuncio está orientado realmente de forma unilateral hacia la plasmación de un mundo mejor, mientras que el mundo realmente mejor casi no se menciona ya. Aquí tenemos que hacer un examen de conciencia”. BENEDICTO XVI, *Luz del mundo: el papa, la Iglesia y los signos de los tiempos*, Barcelona 2010, 186.

que nos hacen dudar, que nos aíslan y que incluso nos llevan a la pérdida del sentido de la vida y de la esperanza cristiana en nuestros pueblos.

En la vida cristiana y en la pastoral no existen varitas mágicas ni soluciones a corto plazo. Tampoco existen elixires para solucionar una cierta anemia espiritual y una desilusión difusa (yo la llamaría falta de esperanza) que silenciosamente van minando nuestra vida espiritual. La fe hoy y siempre se ha de evidenciar con la esperanza, la alegría y el optimismo. Es un don del Espíritu que el Señor concedió a la primera comunidad cristiana. Es un don que debemos pedir en la alabanza, en la fracción del pan y en el compartir lo que somos y lo que tenemos, como los primeros cristianos.